

De la misma manera, la palabra no es subsistente en la naturaleza humana, y por esto no puede con propiedad llamarse engendrada ó hija; mas el Verbo de Dios sí subsiste en la naturaleza divina, y por esto se llama Hijo, con toda propiedad, y su principio se llama Padre. (1)

Siendo perfectísima la divina generacion, y el término engendrado perfectamente semejante al que lo engendra, se sigue que la razon de Padre se halla con más perfeccion en la primera persona de la Santísima Trinidad, que en cualquier criatura. Yo doblo mis rodillas, decia San Pablo, ante el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, del que, toda paternidad toma el nombre en los cielos y en la tierra. (2) Y por esto, el nombre de Padre se dice de la primera persona, ántes nocional, que esencialmente, esto es, primero conviene al Padre, respecto de su Hijo Divino, que con relacion á las criaturas; pues en el Verbo de Dios se halla la más cumplida razon de Hijo, siendo perfectamente semejante á su Eterno Padre; y en las criaturas sólo hallamos la huella, la oscura imágen, la semejanza de la gracia, ó de la gloria: ¿Quién es el Padre de la lluvia? ¿ó quién engendró las gotas del rocío? dijo el Señor en otro tiempo al Santo Job. (3) Y Moises habia dicho á los hijos de Israel: ¿Por ventura el Señor no es tu Padre, que te rescató, te hizo, y te crió? (4) y San Pablo: El mismo Espíritu de Dios está dando testimonio á nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.—Y nos gloriamos esperando la gloria de hijos de Dios, [5]

(1) Ad. Primun. et Tertium. (2) Ephes III. 14. (3) XXXVIII. (4) Deuter. XXXII. 6. (5) Rom. VIII. 16-V. 2. D. Th. p. 1. q. 33. a. 3.-Gonet.

Las maravillas de la adopcion de hijos de Dios que acaban de brillar á nuestros ojos, nos hacen detener para que contemplemos la belleza del nombre de nuestro adorable Padre, llenando al mismo tiempo, el corazon, de profundas y castísimas delicias.

Padre, ¿qué nombre puede haber tan dulce y lleno de consuelo, que reanime y vuelva la esperanza, aunque estemos en la síma de todas las desgracias? ¿cuál otro nos revela en tanto grado, el cariño y la ternura de aquél á quien lo damos?

Al pensar en la grandeza del Señor, en su terrible y asombrosa majestad; y al pensar tambien en nuestra propia nada, ¿podrémos por ventura, llamarle Nuestro Padre, y tener en el pecho, el bello sentimiento de piedad filial? Si el Hijo Unigénito del Padre, no nos lo hubiese permitido, no habríamos tomado en nuestros labios, tan santo y adorable nombre; pero Él no se avergüenza de llamarnos sus hermanos, y nos dice que cuando oremos digamos: Padre nuestro que estás en los cielos. (1) Y una vez que podemos llamar al Señor, con tan dulce y adorable nombre ¿no saltará de júbilo nuestra alma? y ¿nuestra misma carne, y nuestros huesos, no se alegrarán en el Eterno? Aquella infinita grandeza del Señor, su asombrosa y terrible majestad, se inclinan hasta el hombre; y el hombre lleno de confianza, una y otra vez exclama: Padre mio, Padre mio. ¿Qué más pudiéramos decirle, ó con cuál otra palabra, expresar cuánto es el amor que le tenemos, la gratitud que nos inspira, y la entrega de todo nuestro sér que hacemos en sus ma-

(1) Heb. II. 11-Matth. VI. 9.

nos?

El nombre de Padre es fundamento indestructible de sólida esperanza. Dios es Nuestro Padre, y sin descanso velará sobre sus hijos: nadie, jamás, podrá arrancarlos de su seno, ni hacer que nos olvide; solícito nos cuida, nos defiende de todos los peligros, y nos salva de todas las miserias. ¿No veis cómo el águila protege su nido, y extiende las alas, cubriendo á sus hijuelos? Ella es madre. ¿No veis á la gallina que recoge á sus hijitos, y los oculta á la vista del halcón? También ella es madre; y una madre no se olvida del hijo que llevó en su seno; (1) mas le tiene compasión; y si ella lo llega á olvidar, el Señor no lo hará con nosotros; y por qué? Tú eres nuestro verdadero Padre, decía Isaías, porque Abraham no nos conoció, Israel no supo nada de nosotros. Tú, oh Señores! eres Nuestro Padre, Nuestro Redentor: este es tu nombre desde la eternidad. (2)

La más grande ternura que nos prodigan las criaturas, es una sombra que se desvanece, una pálida imagen que se borra con un ligero soplo; y los más estrechos vínculos de la sangre y la amistad, son débiles lazos, si se comparan con la ternura que el Señor nos tiene, y las fuertes cadenas con que aprisiona el alma de sus hijos: y lazos y ternura de amigos, hermanos, y padres, son apenas las primeras gradas de esa hermosa y elevada escala, por donde vamos subiendo hasta el Señor.

Dios es Nuestro Padre; ved aquí por qué nos castiga con tanto miramiento, y nos conduce de la mano

[1] Isa. XLIX. 15. [2] LXIII. 16.

por las sendas de la vida; si caímos nos levanta; si nos extraviáramos nos vuelve al camino abandonado. Los ojos de ese Padre están sobre sus hijos..... Él mismo es su esperanza..... su protector poderoso, fuerte apoyo, un toldo contra los ardores del sol, y fresca sombra contra el resistero del mediodía; sosten para que no tropiecen: socorro en las caídas; eleva el alma, alumbrá los ojos; da salud, vida, y bendición..... Él sólo es todas las cosas para aquellos que en el camino de la verdad y de la justicia lo aguardan con paciencia. (1)

El grito del amor y de la miseria salen del pecho inspirados dulcemente, por este nombre, Padre. ¿Cuál sería la condición de nuestro amor, si no pudiésemos llamar á Dios, por Nuestro Padre? Y ¿qué socorro alcanzaríamos en los males que continuamente nos afligen? Serían desconocidas de nosotros aquellas inefables y santas afecciones de la piedad filial, para con Dios, pues San Juan, primero nos ha dicho que Dios quiere que seamos llamados hijos de Dios, y después añade, que también quiere que lo seamos. [2] Dios en su bondad, no sólo nos permite que le llamemos Padre, también lo quiere, y lo demuestra así dándonos la caridad por la que, tengamos el nombre de hijos suyos y lo seamos..... ¿Qué gloria y delicias se pueden comparar, á las santas delicias y la gloria que alcanzamos, al pronunciar estas palabras: Ahora somos hijos de Dios? [3] Se dilata sin medida, el corazón del hombre. Somos hijos de Dios. Creemos, esperamos, amamos, reposando dulcemente, en el seno

(1) Ecci. XXXIV. 15,-22 (2) I. III. 1. (3) Id. v. 2.

del más tierno y cariñoso Padre. Mi pueblo, decía el Señor en otro tiempo, reposará en hermosa mansion de paz y en tabernáculos de perfecta seguridad, y en el descanso de la opulencia. [1] Ni en el cielo, ni en la tierra hallaremos nunca, mansion tan deliciosa y bella, morada tan segura, descanso tan precioso, como el seno querido de Aquél Señor á quien llamamos Padre.

Sin el nombre de Padre hemos dicho, que sería tristísima la condicion de nuestros males; porque en efecto, el amor paternal de Nuestro Dios amado, es el que lo inclina á calmar nuestros dolores, remediando las necesidades que sufrimos. Vuestro Padre sabe las cosas de que teneis necesidad. Mirad las aves del cielo que no siembran ni recogen, y vuestro Padre les da de comer. No es voluntad de vuestro Padre que perezca uno solo de estos pequeñuelos. (2)

Teniendo, pues, el consuelo de llamar á Dios, Nuestro Padre, tenemos abierta la fuente de la vida, y á nuestro alcance el remedio de todos los males que nos cerquen. Si acaso creemos que tarda en socorrernos, no perdamos la esperanza, que está escrito: Si tardare, esperadle; que el que ha de venir, vendrá, y no tardará. (3)

En verdad Dios es el Señor, y el Padre más tierno y amoroso que tenemos, y cuyo nombre no debia venir á nuestros labios, sino entre bendiciones y dulces alabanzas, y dejando abrasada toda el alma, en el fuego del amor; mas ¡ay! que no sucede así; y con repetir frecuentemente aquél sagrado nombre, tal vez no exci-

(1) Isa. XXXII. 18. (2) Matth. VI. 8, 26.-XVIII. 14. (3) Habac. II. 3. D. Bonav. Com. Theol. I. 4. c. 6.

ta ya, ni mueve el corazon, cual si hubiese perdido la gran virtud que tiene. Ó ¡acaso al pronunciarlo, hemos elevado á Nuestro Dios, un acto de profunda y humilde adoracion? ¡ó podrá decirnos, como en otro tiempo á los hijos de Israel, estas palabras: El Hijo honra á su Padre, y el siervo á su Señor: pues si Yo soy vuestro Padre, ¿dónde está la honra que me pertenece? Y si soy vuestro Señor, ¿dónde la reverencia que me es debida? (1) Estas palabras nos llenan de sonrojo: ¡inclínase Dios hasta nosotros para llamarnos hijos, querer que le llamemos Padre, y con todo, no darle el honor que le es debido! Y Dios, sin embargo, lleno de bondad, no aparta sus ojos de nosotros, ni arranca de su seno el cariño que nos tiene, ni cierra los brazos de su amor en que quiere recibirnos: siempre nos tiene por sus hijos, y podemos siempre, llamarle Nuestro Padre: ¡cómo explicar su sagrada conducta que no cambia, y su incansable y tierno amor? Yo soy el Señor, y soy inmutable: y por eso vosotros, oh hijos de Jacob, no habeis sido consumidos. (2) Admira en verdad, y no se explica de otro modo, la benigna y adorable conducta del Señor hácia nosotros: es inmutable, y no cambian los designios de su santo amor; tiene, en fin, un corazon de Padre; y al decirlo, bien quisiéramos amarlo con cariño inmenso, y quedar abrasados en las vivas llamas de la más ardiente y divina caridad. Lo amamos con todo el corazon, porque un hijo, de este modo debe amar á tan tierno y amoroso Padre; lo amamos, decimos otra vez, porque es infinita y adorable su bondad; lo amamos porque

(1) Malach I. 6. (2) Id. III. 6.

Él mismo nos ha dado el corazón, que no debe tener otro destino, más que pensar en Él, bendecirlo y amarlo sin descanso.

## CAPÍTULO XV.

### EL HIJO DE DIOS,

#### EL VERBO DIVINO, LA IMÁGEN DEL PADRE.

##### § I.

Sin dejar un momento los brazos del Padre celestial, nos arrojamos á los piés de su Divino Hijo, para bendecirlo, amarlo, y ocuparnos en su conocimiento.

¿Cuáles son los nombres propios de la segunda persona de la Divina Trinidad? Los que sólo le convienen en fuerza de su procesion, Hijo, Verbo é Imágen. Respecto del primero, el de Hijo, no corresponde sino á Esta segunda persona, pues Ella solamente, ha sido engendrada de la substancia del Padre.

De la misma manera la razon de Verbo, que es el término del entendimiento fecundo del Padre, sólo pertenece al Hijo. Y por último, para la razon de imágen se requiere la semejanza en la naturaleza, en fuerza de la procesion; y esto, tambien, sólo corresponde á la segunda persona semejante en virtud de su procesion al Eterno Padre, con quien tiene una misma naturaleza. (1)

Estos nombres, aunque realmente nos dicen lo mismo, con todo se distinguen por el modo de su signifi-

(1) Charnes.

cacion, y el órden con que se refieren á sus respectivos objetos; y así la segunda persona se llama Hijo con relacion á su Padre, Verbo respecto al entendimiento, al que manifiesta lo que conoce; é imágen por el principio que imita. (1)

El Verbo significa cierta emanacion del entendimiento; y como la persona que procede del Padre, por esta emanacion, es el Hijo, el nombre de Verbo le es enteramente propio.

Y en cuanto al nombre de imágen, solamente al Hijo se le da en la divina Escritura. Él es la imágen del Dios invisible, engendrado ante toda criatura.—Esplendor de la gloria y figura de la substancia del Padre. (2) Y aunque el Espíritu Santo es semejante en la naturaleza al Padre y al Hijo, tal semejanza no la tiene, formalmente, en fuerza de su procesion, sino idénticamente porque es amor divino; mas el Hijo procediendo como Verbo, es semejante al Padre, formalmente, en fuerza de su misma procesion. (3)

La imágen, pues, segun hemos visto, exige dos condiciones, la semejanza y la procesion; y ámbas convienen á la segunda persona; procede del Padre, y le es semejante en la naturaleza; y es imágen tanto más perfecta cuanto lo es la misma semejanza, es decir, perfectísima, pues llega hasta la identidad de la misma naturaleza.

Imágenes hay que no son verdaderas, porque no representan con fidelidad su prototipo; son inanimadas, ó mudas, porque carecen de vida ó no pueden hablar; y por último, hay otras, vanas, vacías, por care-

(1) Imitatio in divinis non significat posterioritatem, sed solam assimilationem. D. Th. 1. p. q. 35. a. 1. ad 3. (2) Coloss I. 15.—Heb I. 3. (3) Billuart. De Persona Filii. §. XII.